

Arreglos de convivencia de la población adulta mayor

Olman Ramírez Moreira¹

Resumen

El proceso de envejecimiento de la población en Costa Rica no es aún evidente, ni constituye en este momento un problema social prioritario. El incremento del peso relativo de la población de la tercera edad se comenzará a sentir, cada vez en mayor medida, con el avance del siglo XXI. En consecuencia, Costa Rica enfrentará desafíos sociales y económicos debido a la rapidez del envejecimiento de la población en las primeras décadas del siglo XXI. Este artículo brinda un panorama global de la situación de este segmento poblacional, que evidencia su ritmo de crecimiento proyectado para las próximas décadas y muestra la evolución reciente de su situación referida a la forma de convivencia y su posición en los núcleos familiares en que residen. La premisa justificadora del estudio es que la calidad de vida de las personas adultas mayores está determinada con la satisfacción del arreglo de convivencia logrado.

Poco más de la mitad de las ancianas no conviven en pareja, situación que duplica a la de los ancianos. La presencia de personas adultas en las familias genera la necesidad de llegar a arreglos de convivencia. La solidaridad entre generaciones lleva a constituir hogares multigeneracionales y en Costa Rica cinco de cada siete personas de edad, conviven con miembros de dos o más generaciones. Las familias se transforman alterando su estructura y tamaño.; actualmente alrededor de

¹ Escuela de Estadística, Universidad de Costa Rica, e-mail: .oramirez@congreso.aleg.go.cr

una cuarta parte de los hogares costarricenses tienen en su seno al menos un anciano o anciana.

Esta investigación identifica las formas o arreglos de convivencia en la ancianidad. El estudio clasifica a las personas de edad según variables de residencia conjunta, con especial énfasis en dos grupos de edad: 60 a 79 años y 80 años y más clasificados por sexo, así como la definición y distribución de las personas de edad de acuerdo con una tipología de convivencia. Una posible tipología de convivencia clasifica los arreglos de convivencia en autónomos, nucleares, extendidos y dependientes. Casi una tercera parte de las personas adultas mayores conviven en la primera categoría y una sexta parte como dependientes.; la mitad se les ubica en hogares nucleares y extendidos, con una diferencia importante a favor de la opción extendida.

Arreglos convivencia familiar, tercera edad, personas adultas mayores, envejecimiento

El envejecimiento es un proceso complejo que afecta no solo al individuo sino a la sociedad como un todo. El envejecimiento demográfico (de la sociedad) se refiere al cambio en la estructura por edades de la población, producto de un aumento sostenido del peso relativo que representa el grupo de personas de 60 años y más, acompañado de una disminución en la importancia porcentual de los menores. Esta situación es el resultado tanto del aumento de la esperanza de vida, como de la disminución experimentada por la tasa de fecundidad en las últimas décadas. El descenso de los niveles de fecundidad constituye un factor desencadenante de este proceso y guarda una estrecha relación con los cambios en los patrones de morbilidad. A medida que avanza el descenso de la fecundidad y de la mortalidad, la incidencia de esta última se traslada progresivamente de los grupos jóvenes a los de mayor edad. La baja de la mortalidad y el consiguiente incremento de la longevidad es el producto conjunto de una serie de factores: los genéticos, los socioeconómicos (educación, ingreso y ocupación) y los de comportamiento (nutrición apropiada, actividad física, etc.). Las ganancias en la supervivencia lograda han sido mayores en las últimas décadas, provocando que tanto el número absoluto como la proporción de personas de 60 años y más se amplíe con una rapidez no experimentada anteriormente. El incremento en el peso relativo de este segmento en la población total tiene dos aristas: por un lado, la proporción de personas de 60 años y más es mayor y, por el otro, alcanzan a vivir más años en esas edades. El proceso de envejecimiento de la sociedad tiene consecuencias profundas en la estructura y funciones de la familia, en la fuerza de trabajo, en la organización de los servicios de salud, educacionales y sociales y en las políticas y prácticas de los gobiernos (Recuadro 1).

Esta etapa de la vida se caracteriza por el retiro de las responsabilidades laborales, acentuándose la dependencia cada vez más en la familia, la comunidad y la sociedad. La disminución de las capacidades físicas propias del proceso, a su vez, conduce a la población de 60 años y más a depender cada vez más de sus familiares para su cuidado y atención. El cambio de rol (de jefes de familia a dependiente de otros miembros), el abundante tiempo libre disponible y los problemas de funcionalidad son circunstancias para las cuales, de no haberse preparado adecuadamente, pueden incrementar los estados depresivos y el aislamiento social. Por tanto, la presencia de ancianos y ancianas en una familia exige cambios para sus miembros.

La residencia conjunta de las personas de 60 años y más con sus familiares directos constituye socialmente la alternativa más aceptada y apropiada, pues no solo recibe bienes y servicios en el hogar (tales como la preparación de alimentos, lavado de ropa y cuidados de salud), sino también compañía y la satisfacción de ocupar roles tradicionales (Jiang, 1995). La asistencia prestada por su familia se extiende al apoyo emocional, económico, social y de salud, resultando necesaria cuando la persona de edad carece o dispone de recursos económicos insuficientes (necesidad de optimizar gastos) o sus facultades físicas no le permiten convivir en forma autónoma.

La presencia de una mayor cantidad de personas de 60 años y más, así como los cambios sociales generan alternativas de convivencia de las que se desconoce su funcionamiento y eficacia. Las personas que sobrepasan los 60 años deben recurrir a arreglos decididos por él mismo o por su descendencia, consistente en vivir con alguno de sus hijos (en su casa o en la de sus hijos), en residir al lado o muy cerca de uno de ellos, vivir solo o institucionalizarse. Estos arreglos residenciales no son estables y varían con la edad; con el hecho de convivir en pareja; con sus posibilidades económicas, sus capacidades físicas y mentales y con la presencia de enfermedades. La opción de vivir solo (o sola la pareja) está ligada a los niveles de ingreso disponibles y a la posibilidad de poder valerse por sí mismos. La alternativa de internamiento en instituciones especializadas no pareciera ser aceptada socialmente, pues la cantidad existente es todavía reducida y sus familias son de un tamaño promedio mayor que el actual, producto de una fecundidad más elevada en la época en que formaron sus familias.

La poca importancia, tanto en términos absolutos como relativos, que tuvo la población de 60 años y más en el pasado, condujo a considerar la vejez como un único grupo poblacional. El dinamismo actual del proceso de envejecimiento ha llevado a reconocer distintos agrupamientos según la edad. Un primer subconjunto lo componen las personas con menos de 80 años de edad, quienes por lo general continúan trabajando, son jefes de

hogar, son relativamente independientes y no han sido afectadas por la viudez. El segundo subgrupo está constituido por los de 80 años y más, cuarta edad, caracterizándose por una mayor incidencia de discapacidades físicas y mentales, retirados de la fuerza laboral, no ostentan el liderazgo de sus hogares, suelen ser viudos y son esencialmente dependientes. Sin embargo, los niveles de dependencia están directamente vinculados con factores tales como nivel socioeconómico y estado de salud (Anzola, 1994). Estos dos grupos son completamente distintos en términos de su quehacer cotidiano, potencialidades, necesidades y alternativas de convivencia. En esta investigación la mayor parte de los resultados se presentan desglosados para estos dos grupos de edad.

En la región latinoamericana el envejecimiento demográfico es un fenómeno que tan solo recientemente empieza a evidenciar dinamismo, con mayor énfasis en los países del Cono Sur y Cuba; nuestro país lo ubica el Centro Latinoamericano de Demografía entre los países latinoamericanos en transición plena². Particularmente en el caso de Costa Rica las proyecciones elaboradas por el Centro Centroamericano de Población apuntan a que este proceso se generalizará y acelerará en las primeras décadas del presente siglo. La proporción de personas de 60 años y más reportada en el censo de 1892 fue de 3.7%, requiriendo todo un siglo para duplicarse. En la actualidad el país se encuentra en una etapa de envejecimiento demográfico aún incipiente, y ese tracto de la población representa alrededor de un 8%. Se estima que ese porcentaje se duplicará de nuevo en tan solo treinta años, lo que evidencia esto el aceleramiento de este proceso.

El segmento poblacional objeto de interés de este estudio se le identifica empleando una variedad amplia de calificativos, pero todos coinciden en términos del grupo etario a que se refiere. Tercera edad, anciano y anciana, viejos, personas de edad, sexagenarios, senescentes, gerontes, adulto mayor, personas de edad avanzada y más recientemente la Caja Costarricense de Seguro Social emplea el término "edad de oro"³. En algunos ámbitos, en especial en lo referente a beneficios sobre

² Las etapas definidas por CEPAL de la transición demográfica para países latinoamericanos y del Caribe son: (1) Transición avanzada: países con tasas de mortalidad y natalidad reducidas, con crecimiento poblacional cercano al 1%; (2) Transición plena: natalidad en declinación, baja mortalidad y tasa crecimiento natural cercana al 2%; (3) Transición moderada: mortalidad en rápido descenso y natalidad elevada, con altas tasas de crecimiento vegetativo superiores a 2.5%; (4) Transición incipiente: niveles altos de mortalidad y natalidad y tasas de crecimiento natural algo mayores de 2% (CEPAL, 2000).

³ Debe señalarse que algunos de estos términos, como anciano y anciana o viejos, pueden ser percibidos con cierta connotación peyorativa, en especial por los miembros jóvenes de la sociedad.

jubilaciones y otras prerrogativas que el Estado proporciona a este grupo poblacional, la edad inicial establecida es 65 años, situación explicada por constituir el mínimo legal para otorgar las pensiones. Las Naciones Unidas en los foros sobre envejecimiento⁴ han definido en la tercera edad a las que tienen 60 años o más, lo que constituye un criterio práctico que facilita las comparaciones y el más difundido en las investigaciones en este campo. En esta investigación se adoptó como límite etéreo los 60 años y ello obedece a la mayor difusión de este límite en los estudios desarrollados a escala mundial.

Los datos del censo 2000 señalan que la proporción de personas de edad que residen en hogares colectivos es muy baja, alcanzando apenas el 1.2%. No obstante, este porcentaje es diferencial por grupo de edad pues para las personas de edad entre 60 y 79 años representan el 0.8% pero para los de 80 y más es de 3.6%. El estudio es de tipo descriptivo e involucró el reprocesamiento de los censos de población de 1973, 1984 y 2000.

En la primera parte se presenta la evolución y magnitud de la población anciana, presencia de personas de 60 años y más en los hogares, tamaño de los hogares con personas adultas mayores y la posición jerárquica de ancianos y ancianas. En la segunda parte se analiza la incidencia de familias multigeneracionales, y se ajusta una tipología de convivencia para conocer la distribución de las personas adultas mayores de acuerdo a esos arreglos.

Problema de investigación

La problemática analizada en esta investigación puede sintetizarse en: ¿Cuáles son los arreglos de convivencia de las personas adultas mayores y cómo cambian en los dos segmentos de la población considerados y en el transcurso de los veintisiete años que cubren los tres últimos censos de población?

El cometido final del presente estudio se orienta hacia conocer sobre las formas o arreglos residenciales de los ancianos y ancianas que en la actualidad ocurre en la sociedad costarricense, producto del incremento relativo del grupo poblacional identificado como de la tercera edad. En concreto, el objetivo general planteado consiste en identificar los arreglos de convivencia de las personas adultas mayores y los cambios en esos

⁴ La Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento realizada en Austria en 1982, enfocó su interés en el segmento poblacional mayor de 60 años, momento a partir del cual los términos tercera edad se le identifica con el grupo de más de 60 años.

arreglos de residencia en dos segmentos de edad de la población adulta mayor. Las relaciones de parentesco entre los miembros del hogar (relación con el jefe del hogar), el sexo, así como si convive o no en pareja, fueron variables claves para definir esa tipología.

La calidad de vida de la persona adulta mayor está ligada al tipo de arreglo adoptado y a la satisfacción con ese arreglo residencial. Un mayor conocimiento de los actuales arreglos residenciales de los ancianos y ancianas, de los cambios de un estado a otro, contribuirá a concientizar a distintos sectores de la población sobre la necesidad de tomar decisiones para que tales formas de convivencia se adecúen a las necesidades y preferencias de las personas adultas mayores. La legislación que se apruebe al respecto y los programas que las instituciones desarrollen deben basarse en un conocimiento aún más profundo de los gustos de las personas de edad.

La naturaleza del problema y el objetivo final propuesto conducen a un estudio sobre todo descriptivo. Las fuentes básicas de datos utilizadas son las proyecciones de población realizadas por el Centro Centroamericano de Población (CCP) de la Universidad de Costa Rica, y los últimos tres censos de población, procesados en línea empleando las facilidades del CCP a través de su sitio WEB. La determinación de las alternativas de convivencia en periodos puntuales (1973, 1984 y 2000) involucraron reprocesamiento de las fuentes de información empleadas. La cuantía de la población anciana registrada en cada uno de los tres últimos censos se incluye en el Cuadro 1.

Evolución y magnitud de la población adulta mayor

El crecimiento de la población de 60 años y más en Costa Rica es evidente cuando se visualiza cuantitativamente y se compara con el total de la población. Empleando las proyecciones de población, elaboradas por el Centro Centroamericano de Población y el Instituto Nacional de Estadística y Censos, se nota que en 1970 tan solo alrededor de 100 mil personas superaban los 60 años (5.7%), cifra que prácticamente se triplica para el año 2000 (7.6%) y sucede prácticamente lo mismo 30 años después (18.5%). Para el año 2050 se proyecta poco más de una cuarta parte de la población formando parte de la tercera edad, porcentaje significativo pues casi cuatriplica el peso relativo de los ancianos alrededor del 2000 (Cuadro 2).

El envejecimiento de la población en Costa Rica empezará a manifestar su mayor dinamismo después del 2010, época para la cual la población anciana se habrá duplicado con relación a la que actualmente existe y su importancia relativa con relación a la población total comienza a incrementarse.

La población de 60 años y más internamente se envejece (Cuadro 2). Por cada persona de edad con 80 años o más habían siete con edades entre 60 y 79 en el año 2000, situación que cambiará drásticamente para el año 2050 pues se proyecta que habrá tres personas adultas mayores entre 60 y 79 años por cada uno de 80 años y más. Los de 80 años y más se duplicarán proporcionalmente entre el 2000 y el 2050, pero en términos absolutos eso significa un crecimiento de casi diez veces.

Las tasas de crecimiento poblacional comparadas, indican que entre el 2000 y el 2010 se espera que la tasa de crecimiento de las personas de edad duplique la de la población total (Cuadro 1). Una relación adicional indicadora de la magnitud que representarán las personas de edad es la razón entre adultos en edad activa (15 a 60 años) y las personas adultas mayores, indicador que creció hasta la década de los años 90, pero a partir del año 2000 se proyecta que empiece a decrecer estimándose que para el año 2050 será de una tercera parte de lo alcanzado en el 2000. Esto es, se prevé que habrá tan solo tres personas en edad activa por cada anciano y anciana.

Las familias en el futuro se verán enfrentadas a tener una cantidad cada vez mayor de personas de edad en su seno, producto del aceleramiento en el crecimiento de este segmento poblacional. En vista que la cantidad absoluta de ancianos crece aceleradamente, el país enfrentará en un futuro mediano una cantidad de ancianos creciente pero con énfasis en las edades más elevadas. Esto implica necesariamente la modificación de una serie de aspectos en la sociedad y particularmente en la familia, considerando que son los demandantes de mayor atención de parte de sus hogares y de los sistemas de salud. (Gráfico 1).

Posición jerárquica de la personas de edad

La posición jerárquica ostentada por la persona de edad en el hogar debería corresponder con la calidad de vida disfrutada en su convivencia con el resto de los miembros. El paso por la vida adulta, la formación del hogar, crianza de los hijos, conduce a ocupar las jerarquías superiores en el hogar. Situaciones tales como incidencia de enfermedades degenerativas, viudez, escasez de fuentes de ingresos estables y suficientes conducen a que progresivamente pierdan ese status privilegiado en sus hogares.

En esta sección se analizarán algunas variables indicadoras de jerarquía de las personas de edad en sus hogares. Básicamente se resalta la presencia de éstas, su relación de parentesco, tasas de jefatura y la convivencia sin pareja.

Presencia de personas de edad en los hogares

Los cambios en la dinámica familiar de la época moderna involucran la incorporación, cada vez más amplia, de los miembros adultos en la actividad laboral, situación de la cual la mujer que vive en pareja no escapa. La presencia de ancianos en el núcleo familiar requiere de atención: compañía y cuidados especiales, en particular cuando su edad avanza. En una familia joven esta actividad tendría que compartirse y de alguna manera competiría con la crianza de los hijos, provocando roces entre miembros adolescentes y ancianos. Estos son algunos factores que inciden para que los ancianos tengan sus propios espacios por decisión propia o por la dificultad de hacerlo en los hogares de sus familiares más jóvenes.

La presión por compartir el hogar con ancianos y ancianas no es aún evidente, pero necesariamente se incrementará en las primeras décadas del presente siglo. Las personas de edad están presentes en poco más de una quinta parte de los hogares costarricenses, situación que prácticamente se ha mantenido inalterable en los últimos 27 años (Cuadro 3).

En la gran mayoría de los casos de hogares compartidos con ancianos tan solo vive uno de ellos, incluyendo los hogares formados por uno solo (unipersonales). Esta presencia de un solo anciano compartiendo con otros miembros más jóvenes podría dar indicios de no existir redes de apoyo entre ellos para convivir y solventar sus necesidades, más bien estarían expuestos a las decisiones de sus familiares. Interesante de observar es la tendencia, lenta pero consistente, de disminuir la presencia de un solo anciano en los hogares. En esto interviene las mejoras en las tecnologías médicas, lo que contribuye a una menor mortalidad e incide en una supervivencia más prolongada de la pareja.

La presencia simultánea de dos ancianos en hogares con otros miembros más jóvenes, consistente con lo anterior, se ha incrementado prácticamente en la misma diferencia con que ha disminuido la residencia de tan solo uno. Los conglomerados de ancianos en un mismo hogar (tres o más) son bastante escasos, no superando el 3% del total de hogares con ancianos residentes en ellos, en el período de análisis. Evidencia esto de nuevo la inexistencia de redes de apoyo entre los mismos ancianos, así como la ausencia de una decisión premeditada de la forma de convivencia en la vejez y la ingerencia de los familiares en la definición de ese aspecto.

La proporción de hogares con solo presencia de ancianos casi se duplicó entre 1973 y 2000 (Cuadro 3). De acuerdo con el último censo poco más de una cuarta parte de los hogares con ancianos residentes en ellos son núcleos de exclusivamente personas de edad. No debe perderse la

perspectiva de que en este proceso no interviene la sola opinión del anciano sobre su forma de convivencia sino la sus familiares, pues podría ser esto una manifestación del deseo del anciano de convivir solo o con otros ancianos, pero también podría ser el resultado del rechazo de las personas de edad en los núcleos familiares de sus descendientes.

El análisis de la presencia de personas de edad en los hogares pero considerando los dos segmentos poblacionales (60 a 79 años y 80 años y más) evidencia diferencias importantes. En primera instancia, el segmento de mayor edad representa el 15% de las personas adultas mayores. A nivel nacional es escaso el porcentaje de hogares (4.3%) que tienen en su seno personas con estas edades avanzadas. En su gran mayoría (90.4%) conviven en hogares en que solo una persona tiene esa edad, situación que difiere sustancialmente de los que tienen entre 60 y 79 años (Cuadro 4). La dinámica de la posición jerárquica de la persona de edad varía sustancialmente al incrementarse su edad, convirtiéndose en dependiente del núcleo familiar.

Relación de parentesco

La forma de convivencia de las personas de edad y su papel protagónico está relacionada, entre otros aspectos, con la posición que ocupe en el núcleo familiar, entendida ésta como su relación con el jefe acorde con la declaración tradicional empleada en censos y encuestas. Continuar considerado como jefe o su cónyuge, es una expresión de status dentro del medio social y de respeto por los demás miembros del grupo familiar, pero también podría significar la presencia de una mayor cantidad de familias de ancianos solos, en los cuales por definición sería el jefe o su cónyuge. Por lo tanto, la sola consideración de jefatura en el hogar resultaría insuficiente, para investigar los factores que podrían estar relacionados con su calidad de vida en el sentido de convivir directamente con otras personas.

Las personas de edad identificadas como jefes de familia o sus cónyuges constituyen la gran mayoría, llegando a representar cuatro de cada cinco para el 2000 (Cuadro 5). Esto ha variado ligeramente desde 1973, mostrándose una tendencia en ascenso durante los veintisiete años de estudio. Esa situación es consistente con los datos anteriores, apuntando siempre la tendencia de las personas mayores a disminuir su disposición a convivir en núcleos familiares en condiciones más desfavorables a las alcanzadas en sus épocas adultas. Las otras categorías tienden consistentemente a disminuir proporcionalmente.

La disminución de la posición de jefes de familia, sustentada generalmente por el aporte económico, se reduce sustancialmente al llegar el período de jubilación. El comportamiento de las tasas de jefatura

(Cuadro 6) pone de manifiesto la pérdida de autoridad como jefes a medida que avanza la edad, a pesar de las oscilaciones entre los diferentes grupos de edad de las ancianas. El análisis por sexo de este indicador entre 1973 y 2000 presenta un incremento sostenido en ambos sexos, pero siempre superior notablemente para los ancianos. Esto asociado al papel tradicional de dependiente económicamente y ama de casa ocupado por la mujer en la familia y en la sociedad.

Las ancianas, en mucha menor medida que los ancianos, son reportadas como cabezas de familia. Las posiciones relativas de las personas de edad por sexo son una continuación de su “status” cuando jóvenes. La familia no necesariamente se responsabiliza por el cuidado de la persona de edad cuando ésta vive en calidad de familiar. La presencia de una anciana catalogada como cónyuge, en la mayoría de los casos, implica que vive con otra persona anciana. Por lo tanto, este tipo de relación indicaría la convivencia de al menos dos personas ancianas en la misma vivienda que requieren de cuidado externo (NNUU, 1981).

La ostentación de una posición jerárquica ventajosa para las personas de edad puede comprobarse, indirectamente, cuando ocupan posiciones no solo de jefes sino también de cónyuges en el hogar de residencia. Esta prerrogativa es posible por la seguridad económica involucrada y está más asociada a personas de edad pertenecientes a estratos altos, pues tienen mayores probabilidades de supervivencia conjunta, consecuencia de un mayor acceso a atención de salud de buena calidad (CEPAL, 1987). Esta situación puede analizarse indirectamente por la declaración en el hogar del anciano o anciana como jefe o cónyuge (Cuadro 7). En el caso de los ancianos su situación es bastante similar a las tasas de jefatura, pero para las ancianas prácticamente se duplica, alcanzando a tres de cada cuatro en 2000, aspecto que ha mejorado proporcionalmente desde 1973. No obstante, el descenso es vertiginoso al observar esa proporción por grupo quinquenal de edad, en especial después de los 80 años.

La categoría jefe y cónyuge presenta valores elevados pero comienza a decrecer lentamente con la edad. A partir de los 70 años la importancia protagónica del anciano y anciana en el núcleo familiar comienza a declinar aceleradamente, evidente en la declinante tasa de jefatura masculina, pues desciende de 87% a 75% al pasar de 70 a 80 años y nuevamente a 52% a los 90 años de edad. El grupo de menor edad de las personas de edad, esto es de 60 a 79 años, se caracteriza por conservar mayoritariamente (84.1%) el carácter de jefes de hogar o compañera según lo reportado en el censo de 2000 (Cuadro 7). Esa proporción baja significativamente para las personas de 80 años y más, ya que tan solo el 58.1% se encuentra en alguna de esas situaciones. Pese a que la designación de jefe puede haberse hecho por razones de tradicionalismo, sin que esa persona ejerciera liderazgo real en el hogar, es un indicador de

respeto por esa persona. Además, solo una sexta parte (15.9%) de las personas entre 60 y 79 años viven en hogares donde otros parientes son definidos como jefes o cónyuges, proporción que aumenta a 42% entre los de 80 años y más.

La convivencia sin pareja

Una situación aguda enfrentada por ancianos y ancianas en este período de sus vidas es perder su pareja, experimentando un cambio significativo en su posición jerárquica, tanto en la familia como en la sociedad. El aumento en la edad inevitablemente eleva en forma apreciable la cantidad de personas mayores que han perdido su pareja, implicándoles un alto costo emocional al tener que vivir de manera solitaria y ocupando otros roles jerárquicos.

Esta transición de convivir en unión al status de vivir sin pareja conlleva un sensible empeoramiento en la situación del anciano y anciana. La pérdida de la pareja provoca un proceso de desintegración de la familia y una consecuente posición declinante, evidente en la disminución de roles y funciones en su seno. “La pérdida de independencia y consecuentemente quedar convertidos en una “carga” para otros miembros de la familia puede visualizarse indirectamente por su posición como familiar o no familiar del jefe” (Hernández, 1986, 31). Por otra parte, convivir en pareja no solo implica tener alguien para compartir dificultades, sino también para disfrutar del tiempo libre. Desde esta perspectiva las ancianas, en mayor medida, están en desventaja en términos de compañía y asistencia para los últimos años.

La evolución de la proporción de ancianos viviendo sin pareja en los últimos 27 años en Costa Rica se presenta por grupos de edad (Cuadro 8). En primer término y como cabría esperar, puede apreciarse un incremento de la proporción al aumentar la edad, tanto en hombres como en mujeres. Por otra parte, es evidente una mayor proporción de mujeres ancianas viviendo solas en todas las edades producto de factores conocidos, tales como la sobremortalidad masculina, la tendencia de los hombres a casarse con mujeres varios años más jóvenes y el hecho de que existe una propensión mayor de los hombres a contraer nuevas nupcias después de enviudar. La comparación a través del tiempo muestra que los patrones antes citados se dan en todos los años, pero en el caso de las mujeres los datos muestran disminuciones a través del tiempo en las mujeres sin pareja hasta los 79 años e incrementos a partir de esa edad.

El incremento de la edad en la anciana está cada vez más ligado a vivir sin pareja. Sin embargo, usualmente la anciana logra una mejor aceptación y un mayor compromiso hacia ella entre sus familiares, pues tradicionalmente sus actividades han estado vinculadas a los quehaceres

domésticos y a la vida diaria dentro de él. Ese rol asumido dentro del hogar no se ve en principio afectado al quedarse sola.

Tipología de los hogares con personas de edad

Investigar el tipo de convivencia adoptada por la persona adulta mayor es una temática compleja pues no se trata de una decisión única tomada luego de cumplir los 60 años, sino más bien varía con el tiempo y con algunas circunstancias ocurridas en la vida del anciano y anciana. No necesariamente se trata de una decisión propia, sino podría ser impuesta por los familiares producto de insuficientes medios económicos disponibles para decidir por la alternativa preferida o por problemas de funcionalidad. La habilidad para realizar las actividades del diario vivir (comer, vestirse, ir al baño, bañarse, caminar) y las actividades instrumentales del diario vivir (ir de compras, uso de medios de transporte) se ha encontrado que son predictores significativos, de entre otros aspectos, de las formas de convivencia adoptadas (Martin & Preston, 1994, 365).

En cualquier punto del tiempo el anciano y anciana (o la pareja) se enfrentan a realizar un arreglo residencial que involucra distintas formas de compartir con otras personas y se postula que constituye la alternativa más altamente evaluada en el proceso de toma de decisiones. La variedad de este tipo de arreglos incluye a personas no descendientes y a la opción de vivir solo. “Cada arreglo residencial potencial disponible para un individuo está asociado a un arreglo distinto de componentes del hogar: vivienda, tenencia de propiedades, servicios domésticos (comida, lavado, limpieza), cuidado personal (incluyendo asistencia al anciano y anciana en aspectos como la higiene y movilización diaria), compañía, recreación, entretenimiento, privacidad, grado de independencia o autonomía, poder o autoridad y beneficios de escala en el consumo de los bienes del hogar” (Wolf, 1994, 167).

Investigaciones realizadas para definir tipos de arreglos consideran como variables básicas la relación familiar de los miembros con el jefe de familia. Esto permite distinguir las familias nucleares (jefes de familia y sus hijos) de las familias extendidas. Estas últimas han sido objeto de múltiples análisis en los que se busca identificar detalles adicionales de las relaciones que privan en esos núcleos familiares. Sin embargo, en los estudios de la posición del anciano y anciana en la familia, se ha observado que las medidas basadas específicamente en la relación con el jefe no resultan apropiadas para estudios comparativos por la propensión a asignar como jefe a ciertos individuos (De Vos & Holden, 1988). Esto conduce a la necesidad de definir tipologías alternativas para identificar los tipos de convivencia de los ancianos y ancianas.

Organización de las familias con personas de edad

El envejecimiento de la población tiene un impacto visible en la organización de las familias. La presencia de personas mayores en las familias genera la necesidad de llegar a arreglos en la convivencia. La falta de universalización de los sistemas de protección institucional (derecho a pensión) obliga a los descendientes directos a responsabilizarse por la asistencia económica y el cuidado de sus progenitores ancianos. Resultan frecuentes los conflictos al interior de las familias al verse obligados a enfrentar la atención de las personas adultas mayores, precisamente por el impacto en sus niveles de bienestar.

Las opciones enfrentadas por ancianos y ancianas son vivir de manera autónoma o en hogares multigeneracionales. La formación de este último tipo de hogares (con presencia de adultos y adultas mayores) obedece a la solidaridad intergeneracional, presente en dos vías (Recuadro 2). Por un lado, las dificultades de los hijos para independizarse promueven la solidaridad de la persona de edad con las generaciones más jóvenes acogiéndolos en su vivienda, mancomunando gastos y responsabilizándose por tareas domésticas. Además los ancianos y ancianas con ingresos económicos también contribuyen a la economía familiar e incluso pueden asumir algunas responsabilidades hogareñas correspondientes a los núcleos familiares formados por sus hijos e hijas. Este aspecto es necesario reivindicarse en estudios sobre la tercera edad pues se desconoce la dimensión de su verdadero aporte. Por otra parte, las personas de edad cumplen un rol social relevante en la transmisión de los valores a las generaciones más jóvenes. La frecuencia con que se presentan estas estrategias de solidaridad entre generaciones no está cuantificado, más bien es predominante el enfoque del anciano o anciana demandante de cuidados de los miembros más jóvenes, pero sin considerar sus verdaderos aportes.

La visión tradicional de la solidaridad es originada de las generaciones jóvenes hacia las personas de edad. La imposibilidad para los ancianos y ancianas de vivir en forma autónoma, así como la presión ejercida por la sociedad promoviendo a los núcleos familiares más jóvenes aceptar en su seno a los adultos y adultas mayores, generalmente progenitores.

La incorporación de los ancianos y ancianas en hogares de dos o tres generaciones, ocasiona necesariamente tensiones en el grupo familiar (Recuadro 3), producto precisamente del consecuente mayor gasto por el tipo de demandas de estos miembros, tales como necesidad de cuidados especiales por enfermedades. Las necesidades divergentes de los miembros de las generaciones convivientes son precisamente el agente generador de esos conflictos. La visión occidental tiende a ignorar el aporte de las personas con edades avanzadas en la sociedad y en las

familias, más bien los avances recientes, la nueva tecnología, los nuevos descubrimientos, están dejando en desventaja al anciano o anciana frente a las generaciones jóvenes.

La aceptación de los adultos y adultas mayores en núcleos familiares más jóvenes se ve obstaculizada por la mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral. La persona mayor, como demandante de cuidados, genera un foco de tensión en el hogar ante la necesidad de disponer de miembros inactivos para su atención. Por otra parte, cuando las condiciones de salud lo permiten, contribuyen en el cuidado de los miembros más jóvenes del hogar, teniendo esto precisamente el efecto contrario al anterior. La transmisión de valores a las nuevas generaciones es un aspecto poco valorado abiertamente en la convivencia intergeneracional, precisamente por la apertura provocada por los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. Evidentemente la convivencia se fortalece cuando las personas de edad comparten la responsabilidad de los adultos del hogar hacia los más pequeños. Indudablemente el aporte económico de los ancianos y ancianas disminuyen las presiones generadas por el incremento en los gastos del hogar y es un factor de peso en la disminución de las tensiones en la convivencia en hogares multigeneracionales.

Los aspectos positivos de la convivencia intergeneracional se pueden circunscribir a la posibilidad de contribuir en las tareas diarias, aportes en el cuidado de los niños y en las labores diarias del hogar. Estas tareas contribuyen al mejoramiento de la autoestima del anciano, haciéndolos sentirse útiles en el seno de sus familias. La compañía indudablemente es otro factor que influye poderosamente para que el anciano acepte convivir con una familia de varias generaciones. La convivencia multigeneracional exige incremento en las responsabilidades de las personas adultas no ancianas con el núcleo familiar. Deben cumplir sus obligaciones con los más pequeños y simultáneamente satisfacer las necesidades de las personas mayores. La presencia de adultos mayores con discapacidades o con enfermedades degenerativas complica aún más la situación, inhibiendo la potencial participación de todos los miembros adultos de la generación intermedia en la fuerza laboral. Esta disminución potencial de recursos del hogar tendrá que ser cubierta con aportes de las personas mayores a la subsistencia del núcleo familiar, para no generar roces o problemas en la convivencia cotidiana, incrementando de esta manera su aceptación.

Familias multigeneracionales

Una hipótesis expuesta en la literatura es que, producto del proceso de envejecimiento de la población, la convivencia con ancianos se incrementa dando lugar a familias multigeneracionales (UNFPA, 1998),

esto es, núcleos familiares donde viven conjuntamente miembros de dos o más generaciones distintas (abuelos, hijos(as)/yernos o nueras y nietos o nietas). No está claro como esta situación pueda beneficiar el bienestar físico y emocional de la población mayor, pues las necesidades de los miembros que comparten un mismo hogar son muy diversas. Más aún las distintas etapas del ciclo familiar tienen implicaciones variadas para la persona mayor. En la época de niños pequeños la presencia del adulto mayor podría resultar beneficiosa, por la posibilidad de participar en su cuidado. Posteriormente en la etapa de la adolescencia de los nietos, la calidad de vida podría verse disminuida por su poca participación y el menor aprecio de los jóvenes, en esa etapa de la vida, por las personas mayores. (Gráfico 2).

La CEPAL (Naciones Unidas, 2000) recientemente ha llamado la atención sobre esta temática dedicando un apartado al impacto del envejecimiento poblacional en la estructura familiar. Los arreglos familiares con adultos y adultas mayores residentes se les distingue en dos grandes grupos: los autónomos (con únicamente personas de edad) y los multigeneracionales. Cinco de siete personas de edad conviven en hogares multigeneracionales en el 2000. En el entorno latinoamericano la proporción de personas de edad que conviven en forma autónoma es bastante similar al reportado para Chile, Brasil y Bolivia, pero dista bastante del contexto de Argentina y Uruguay, donde supera la mitad de la población de la tercera edad (Naciones Unidas, 2000). En los restantes países latinoamericanos estudiados, la proporción de ancianos y ancianas residente en hogares autónomos es inferior al de Costa Rica.

El estudio de la CEPAL concluye que en países, como Costa Rica, con una trayectoria más larga y universal de políticas en el área de salud, vivienda, cobertura de los sistemas de protección social y mayores ingresos producto de pensiones “permiten una mayor sustentación de estructuras de menor tamaño y una proporción bastante más baja del total de adultos mayores viviendo en hogares como miembros dependientes” (Naciones Unidas, 2000, 116). Así pues, aunque las políticas sociales han favorecido la situación ostentada actualmente por el país, todavía dista de lo observado para Argentina y Uruguay en el contexto latinoamericano y, por supuesto, de países ricos.

La satisfacción de un anciano al convivir en un núcleo familiar de algún modo está ligada a su nivel de participación en las decisiones cotidianas del hogar. Ser tomado en cuenta o marginado se relaciona con variedad de factores. Una forma indirecta y preliminar de visualizar la satisfacción con la forma de convivencia del anciano, es a través de su posición en el núcleo familiar, determinada por su relación con la cantidad de miembros no ancianos. La premisa de partida es que cuando los ancianos representan mayoría en el hogar, o al menos constituyen igual cantidad

que los restantes miembros no ancianos, están en una posición que les podría resultar favorable en las actividades cotidianas del hogar y en general en su convivencia. Por otra parte, cuando su presencia constituye minoría su satisfacción podría verse disminuida por la competencia con los otros miembros más jóvenes.

Los datos evidencian para el 2000 que dos de cada siete de los adultos y adultas mayores conviven en forma autónoma, esto es, solos, con su cónyuge o en conjuntos de solo ancianos o ancianas, situación que muestra un incremento sostenido entre los tres periodos censales. Por otra parte, la integración de las personas de la tercera edad a hogares multigeneracionales parece más bien ser la norma en nuestra sociedad, presentándose en forma mayoritaria, aunque en descenso en el periodo de estudio.

Al emplear la perspectiva de la diferencia con el número de miembros no ancianos resulta interesante el comportamiento ocurrido en los hogares con presencia de ancianos en el último cuarto de siglo. El Cuadro 9 compara la cantidad de ancianos con otros miembros del hogar, clasificándolos en hogares sólo de ancianos (autónomos), hogares con igual cantidad de ancianos y de miembros no ancianos, hogares donde el anciano representa mayoría y en los que representa minoría. La duplicación porcentual de los hogares con la sola presencia de ancianos, podría apoyarse en la residencia cercana de los descendientes y el mejoramiento en las comunicaciones (vías de comunicación, teléfono) lo que permite tener un acceso adecuado, aún cuando no se resida en el mismo hogar. La proporción de hogares en los que el o los ancianos constituyen igual número que los miembros más jóvenes o representan mayoría muestran incrementos en el período de estudio, aunque esos incrementos son relativamente modestos. Podría pensarse que en el primer caso incide la menor mortalidad de los hombres en los últimos años y la diferencia en edades entre los cónyuges, lo que implica que hombres con edades entre 60 y 69 años conviven con mujeres menores de los 60 años, así como la residencia del anciano con hijos e hijas solteras.

Los hogares con menor cantidad de ancianos que otros miembros son la mayoría, representando prácticamente tres de cada cinco en 1973. Precisamente esta modalidad de convivencia experimenta un descenso acelerado para el 2000. La inquietud resultante aquí es conocer los factores que inciden en el comportamiento de esta situación y si son los ancianos los que deciden no convivir con núcleos familiares donde representan una minoría o más bien esos núcleos familiares no aceptan su presencia. Estos hogares tienen un tamaño promedio mayor lo que indica la presencia de miembros en distintas etapas de su ciclo de vida y en los cuales el anciano podría tener menos espacio y una menor calidad de vida.

En síntesis, los ancianos residen en hogares con un tamaño promedio menor al observado para toda la población y la tendencia es a disminuir su convivencia en aquellos donde su presencia implica minoría. En contraste, se acelera proporcionalmente la presencia de hogares con solo ancianos y en menor medida aquellos donde la persona de edad está en igual número que otros miembros más jóvenes. No obstante, el promedio de ancianos por hogar es relativamente bajo (1.4), lo que podría ser indicio de inexistencia de redes de apoyo entre ancianos para convivir y la dependencia de la familia como núcleo esencial.

Tipología de convivencia

Estudios realizados en el país han definido tipologías de hogares para la población general. Existe una tipología bastante detallada compuesta por nueve categorías construida a partir de un reprocesamiento del censo de 1984 (Reuben, 1986). En una tesis de grado presentada a la Escuela de Estadística, se propone otra aún más precisa según la composición de los hogares aprovechando las categorías de relación de parentesco (Kühlmann y Soto, 1994). Estas opciones metodológicas son apropiadas para el análisis de la estructura familiar global, pero el estudio de las alternativas de convivencia con ancianos exige modificaciones a fin de valorar la posición de la persona de edad en el hogar.

Las opciones para definir los arreglos familiares con ancianos y ancianas residentes, por lo general incluyen variables tales como la relación de parentesco con el jefe del hogar, el estado conyugal, la residencia conjunta de hijos y de otros familiares, importancia relativa del aporte económico de los ancianos y ancianas convivientes, y presencia de hijos e hijas adultas sobrevivientes. Estas últimas variables están ausentes en los censos obligando a desestimar aquí cualquier propuesta que las involucrara. El uso de las variables relación con el jefe del hogar y estado conyugal conlleva errores ya conocidos, provocando problemas en la definición certera y objetiva de las categorías. Los censos no pretenden afinar la medición de estas dos variables, el jefe reportado obedece a la persona considerada como tal por razones de jerarquía familiar y de respeto. Es posible que algunos de estos ancianos considerados jefes no ejerzan la jefatura real del hogar, pudiendo alterar los resultados alcanzados. Sin embargo, el interés de este estudio es valorar la posición del anciano en el hogar, no necesariamente su aporte económico, por lo que considerársele como tal es suficiente para los fines aquí perseguidos.

El punto de partida para los arreglos de convivencia de las personas adultas mayores fue la relación con el jefe del hogar, total de miembros en el hogar, estado conyugal del anciano y anciana y número de hijos solteros que residen en el hogar, definiéndose un total de diez alternativas de convivencia. La agrupación final se concretó en cuatro grandes grupos:

unipersonal, pareja, uniparental y otros. La primera se refiere a los ancianos y ancianas residiendo solas. En el caso de parejas se ubicaron ya sea residiendo en hogares conyugales, nucleares o extendidos. Los uniparentales son hogares en los que falta uno de los miembros de la pareja, pero el anciano o anciana convive con hijos (nucleares) o con otros además de los hijos (extendidos). La categoría remanente incluye a los ancianos y ancianas padres, madres, suegras o suegros, así como familiares o no familiares.

El análisis de los datos obtenidos para los tres últimos censos de población permite visualizar el incremento en los tipos de convivencia unipersonal o conyugal (Cuadro 10). Esta situación no permite concluir tácitamente que constituya un deseo expreso de las personas ancianas, pues bien puede incidir en esa decisión la no apertura de los núcleos familiares de sus hijos e hijas para recibirlos. Adicionalmente este tipo de convivencia, pero con los hijos en la propia vecindad o con redes eficientes de comunicación, no puede valorarse negativamente. Consecuentemente, la convivencia en hogares donde reside la pareja, los hijos y otros familiares (nucleares y extendidos) presenta un descenso pronunciado entre 1984 y 2000, así como aquellos en que el anciano y anciana es otro familiar o no familiar.

La proporción de ancianos y ancianas que viven solos es relativamente baja, incrementándose 4.3% en los veintisiete años de estudio. Esto da indicios que en nuestra sociedad la persona anciana aparentemente no es dejada de lado y existe cierta responsabilidad implícita de sus familiares por su atención. La inquietud más importante sería valorar la calidad de vida del anciano en cada una de estos tipos de convivencia.

La convivencia en pareja abarca a poco más de la mitad de los ancianos, y presenta un incremento leve (2.5%) en los veintisiete años, explicado por la mayor longevidad, producto de las mejoras en las tecnologías médicas y de las condiciones de salud. Resulta evidente la disminución de la convivencia en forma dependiente (categorías 7, 8, 9 y 10) disminuyendo en un 7.8%, y la casi duplicación de las parejas solas de personas de edad. Esto indica un cambio lento en la forma de convivencia de los ancianos y ancianas provocado por el incremento en la esperanza de vida (incrementando la cantidad de años con pareja), por el cambio en el rol de las nuevas familias formadas por sus descendientes (mayor incorporación de la mujer en la actividad económica y por consiguiente, menor opción para atenderlos) y por las mayores posibilidades de redes de comunicación existentes en la actualidad.

La clasificación de los tipos de hogar en los que se inserta el anciano contiene diez categorías. Una reagrupación en una menor cantidad puede resultar más práctica. La primera categoría propuesta incluye a los y las

ancianas residiendo en forma independiente (categorías 1 y 2), sin la presencia de otros miembros, resultado de un proceso de la partida de sus descendientes a formar sus propios núcleos. El segundo grupo incluyó las situaciones donde el anciano o anciana ostenta la posición de jefatura del hogar, pero discriminando los que residen exclusivamente con sus descendientes directos -hijos e hijas- (categorías 3 y 5) de los hogares extendidos con presencia de otros miembros además de sus hijos (categorías 4 y 6). Finalmente la convivencia del anciano o anciana en calidad de dependiente (categorías 7, 8, 9 y 10) abarca aquellos y aquellas para los cuales su relación con el jefe o jefa familiar es de padre, madre, suegro o suegra y los "otros" familiares. Esta convivencia como dependiente es producto de la aceptación u obligación social de los hijos e hijas casadas de velar por sus progenitores cuando estos así lo requieren y, en los otros casos, más bien se trata de solidaridad social al compartir el hogar con otros familiares, predominantemente hermanos del jefe en edades ancianas.

Un ajuste adicional proviene de la consideración de los hogares formados exclusivamente por personas de la tercera edad. La naturaleza de la relación con el denominado jefe de familia puede ubicar a estos ancianos y ancianas en hogares de tipo nuclear, extendido o dependientes. La convivencia entre conjuntos de ancianos implica solidaridad entre sí y una dinámica de vida distinta al no tener sus necesidades que competir con las de las otras generaciones. Por lo tanto, los hogares independientes definidos en los párrafos anteriores, se les adicionan todos aquellos en los cuales conviven solo personas de 60 años y más y que habían sido clasificados en las otras categorías, identificándolos como autónomos. Representan estos para el censo del 2000 un 4.2% distribuidos entre las categorías 3 a la 10.

La distribución relativa de estas cuatro categorías puede apreciarse en el Gráfico 3. Los hogares autónomos (unipersonales, conyugales o conjuntos de solo ancianos) y la convivencia en núcleos extendidos presentan proporciones parecidas y mayoritarias. Estos últimos reflejan la apertura de los hogares a otros miembros, por lo general familiares, y los primeros más bien lo contrario. Las opciones menos frecuentes son las que representan para el anciano o anciana dependencia del jefe o jefa del hogar. Estas alternativas parecieran ser aceptadas solo cuando las circunstancias lo ameritan, ya sea por insuficiencia de medios económicos para subsistir por sí solos, o por problemas relacionados con el surgimiento de enfermedades degenerativas e incapacidad para realizar las actividades del diario vivir, exigiendo cuidados especiales que deben ser proporcionados por miembros más jóvenes.

La viudez y la partida de los hijos del hogar nuclear para formar sus propios hogares, enfrentan a las personas de edad a la disyuntiva de

continuar residiendo solos o en su lugar convivir con alguno de sus hijos. El avance de la edad, la incidencia de enfermedades que requieren de una mayor atención, los problemas enfrentados para realizar las actividades del diario vivir conducen a la familia a plantearle la forma de convivencia al anciano. Este tipo de arreglos varía de acuerdo con la edad de la persona pues la dependencia se acentúa más allá de los 80 años. La familia como un todo, y en especial los hijos, es vista como el medio de atención en la vejez. La duda que surge es la disposición real y la respuesta de los hijos ante esa expectativa de las personas de edad.

El análisis de los arreglos de convivencia separando el sexo y el grupo de edad de las personas de edad muestra diferencias importantes de resaltar (Cuadro 11). En el caso de los hombres el paso a la cuarta edad involucra un descenso importante de la convivencia en pareja y un consecuente incremento en su condición de dependiente en calidad de suegro o padre. Esta situación se repite para las mujeres pero con un énfasis aún mayor. Indudablemente que la mortalidad y la consecuente viudez, unidos a los problemas de salud subsecuentes de la edad son los principales factores explicativos de esta situación. En el caso de los hombres se nota una resistencia mayor a convivir en forma dependiente en ambos grupos de edad. La mitad de las ancianas de 80 años y más conviven en situación de dependencia. Los arreglos unipersonales no muestran cambios importantes ni entre sexos ni con el cambio de la edad.

La agrupación de los estilos de convivencia en las cuatro categorías permite visualizar cambios interesantes entre sexos y entre grupos de edades (Cuadro 12). Los hombres incrementan ligeramente los arreglos de tipo autónomos y simultáneamente se aumenta en forma bastante significativa la convivencia en forma dependiente al pasar a la cuarta edad. Es interesante resaltar como el hombre al llegar a la cuarta edad, probablemente por los roles sociales asignados socialmente, es que muestra arreglos de convivencia mayores en forma nuclear y extendida, así como mayor proporción viviendo en forma autónoma y menor como dependiente comparados con las ancianas.

El arreglo de convivencia de las personas es el resultado de la concurrencia simultánea de un conjunto de factores, no es estático, sino cambiante con la edad —entre otros aspectos— de la persona adulta mayor. El segmento de población de estudio tiene una edad promedio de 70 años, pero se manifiestan diferencias importantes de acuerdo con el estilo de convivencia. Los datos muestran un movimiento de las personas adultas mayores, con el incremento de la edad, del estilo nuclear, al extendido, posteriormente al autónomo y, por último, al dependiente, situación que

no manifiesta diferencias por sexo. El gráfico de cajas⁵ (Gráfico 8) adjunto muestra una mayor dispersión en las edades de las personas de edad en el arreglo dependiente sobre cualquier otro, así como una concentración en el nuclear en las edades tempranas de la tercera edad. La dispersión de las edades es mayor para los ancianos que para las ancianas en todos los arreglos de convivencia y la edad mediana es prácticamente igual para ambos sexos en los arreglos extendidos, pero menor para las ancianas en el arreglo nuclear y autónomo y superior para las ancianas conviviendo en forma dependiente. Esto último implica que los ancianos perduran un poco más en los arreglos no dependientes que las ancianas.

La asociación de la edad con el estilo de convivencia es relativamente elevada (0.28), lo que evidencia su importancia en la definición de la forma de convivencia, no necesariamente por sí misma sino por su implicación en el avance de la edad, pues las obligaciones con los descendientes disminuyen casi totalmente y aparece un paulatino deterioro en la salud.

En la mayoría de las situaciones la anciana o el anciano no planifica abiertamente su forma de convivencia, no existe una cultura promotora de este aspecto, explicado en parte por el hecho de que hasta ahora no ha representado mayor problema. Parece existir un acuerdo social, unido a la expectativa de esas personas ancianas, que le corresponde a sus descendientes velar por ellos y ellas en su vejez. No obstante, los cambios ocurridos en las últimas décadas en la composición de las familias, con relación a su tamaño y rol, afectan esas expectativas y la forma en que tradicionalmente la sociedad asumía el cuidado de los y las ancianas. Un acercamiento a explicar la forma de incorporación de los y las ancianas en los hogares permite postular esos factores explicativos, agrupados en cuatro grandes áreas: disponibilidad y acceso a bienes (riqueza), independencia económica, demográficos y estado físico (salud). Estos factores explican la posición del y la anciana en un hogar, pero existe interrelación entre ellos. Estos factores no son valorados en esta investigación, ante la carencia de variables suficientes en los censos para desarrollar ese tipo de modelos.

⁵ El gráfico de cajas resume información de la mediana, cuartiles y valores extremos. La longitud de la caja representa el rango intercuartil que contiene el 50% de los casos. Las "patillas" o líneas largas se extienden desde la caja hasta el valor más alto o más bajo. La línea a través de la caja indica la posición de la mediana. Los casos extremos se representan con pequeños círculos y sus valores superan 1.5 la longitud de la caja.

Consideraciones finales

El proceso de envejecimiento es un problema mundial, identificado con el aumento de la importancia relativa de las personas de 60 años y más. Resulta de la tendencia a la baja de la fecundidad y del incremento sustancial de la esperanza de vida de las personas de edad más avanzada. Urge a la sociedad prepararse para atender las necesidades surgidas de este proceso, puesto que se gestan nuevas formas de arreglos familiares. Los principales hallazgos de este estudio se pueden resumir en los siguientes puntos:

- 1) El envejecimiento demográfico se acelerará en las próximas décadas. Actualmente este segmento poblacional representa el 8%, duplicará proporcionalmente en tan solo veinticinco años y representará poco más de la cuarta parte de la población del país para el 2050.
- 2) El envejecimiento interno de la población de 60 años y más es también acelerado. Para el año 2000 una de cada siete personas de edad alcanzaba la cuarta edad, para el 2050 se espera que sea una de cada cuatro.
- 3) Mayor cantidad de familias albergarán personas de edad en su seno, lo que implica cambios en los esquemas familiares por la atención demandada. En los últimos veintisiete años poco más de una quinta parte de los hogares costarricenses (23%) tienen presencia de personas de edad. Mayoritariamente se da en ellos la presencia de tan solo una persona adulta mayor y es una situación que viene en descenso entre los censos analizados. Hogares con solo personas de edad prácticamente se duplicaron en el periodo, representando el 6% de la totalidad de hogares del país en el año 2000.
- 4) El segmento poblacional en la cuarta edad representaba el 15% del total de las personas de edad para el 2000 y tan solo un 4.3% de los hogares costarricenses tenían personas en esas edades, mayoritariamente con solo una persona de adulta mayor en esas edades. Esta situación difiere bastante para el segmento de edad 60 a 79 años, pues en uno de cada cinco hogares hay presencia de ellos y en dos de cada siete conviven dos simultáneamente.
- 5) Uno de los factores que inciden en la calidad de vida de las personas de edad es la posición jerárquica ocupada en el hogar. Mayoritariamente se les sigue identificando como jefes de familia o cónyuges a las personas de edad, lo que muestra una tendencia en ascenso en el periodo de estudio. Esta condición es más favorable para los ancianos que para las ancianas. Evidentemente esta

condición declina aceleradamente con la edad, pese a que para todos los grupos de edad es mucho más favorable en el censo del 2000 para ambos sexos.

- 6) La disminución de las personas de edad conviviendo sin pareja es bastante leve por grupo de edad y sexo en el periodo de estudio. Aunque evidentemente se incrementa aceleradamente con la edad. La proporción de ancianas conviviendo sin pareja duplica a los ancianos para casi todos los grupos de edad.
- 7) El envejecimiento de la población impacta la organización de las familias por la necesidad de llegar a arreglos de convivencia. La constitución de hogares multigeneracionales generan solidaridad en dos vías: de las generaciones más jóvenes hacia las personas adultas mayores y viceversa. No obstante, esta última se ha minimizado socialmente y se carece de estudios que midan y destaquen su relevancia. En el 2000 cinco de cada siete personas adultas mayores convivían en hogares multigeneracionales. Sin embargo, esa proporción presentó un descenso importante en el periodo de estudio.
- 8) Relacionando la convivencia de personas de edad con otros miembros del hogar se encontró que los hogares con solo ancianos casi se duplicaron porcentualmente en el periodo de estudio, respaldado por un crecimiento porcentual de los hogares autónomos conyugales en mayor medida y de un crecimiento más leve de los unipersonales.
- 9) Los hogares con presencia de personas de edad donde estos representan mayoría y donde se igualan en número con miembros de otras generaciones se incrementan proporcionalmente en el periodo de estudio. Consecuentemente se da una disminución apreciable y consistente de aquellos hogares en los que las personas adultas mayores representan minoría. Esto evidencia la solidaridad de las personas adultas mayores hacia las generaciones más jóvenes que albergan en los hogares que han formado.
- 10) Los arreglos de convivencia definidos consideraron la relación con el jefe de familia, total de miembros en el hogar, hijos e hijas solteras y otros miembros residiendo en el hogar. Se definieron un total de diez tipos de arreglos de convivencia. En el periodo estudiado se da un incremento en los tipos de convivencia unipersonal y conyugal. Consecuentemente, los hogares conyugales, nucleares y extendidos, así como si las personas de edad son otro familiar o no familiar muestran un descenso pronunciado entre los dos últimos censos de población.

- 11) Una reagrupación en cuatro categorías de convivencia muestra que los hogares autónomos (con solo ancianos) y los extendidos representan proporciones mayoritarias y parecidas (31%). La opción menos frecuente fue la dependiente (18% en el 2000) y uno de cada cinco todavía convivía en un hogar de tipo nuclear.
- 12) El paso a la cuarta edad implica cambios en el arreglo de convivencia, y se incrementan en forma bastante amplia los arreglos dependientes. Esta situación es mucho más evidente en las ancianas que en los ancianos, pues prácticamente la mitad de ellas conviven en arreglos dependientes y tan solo uno de cada tres ancianos así lo hacen.

Bibliografía

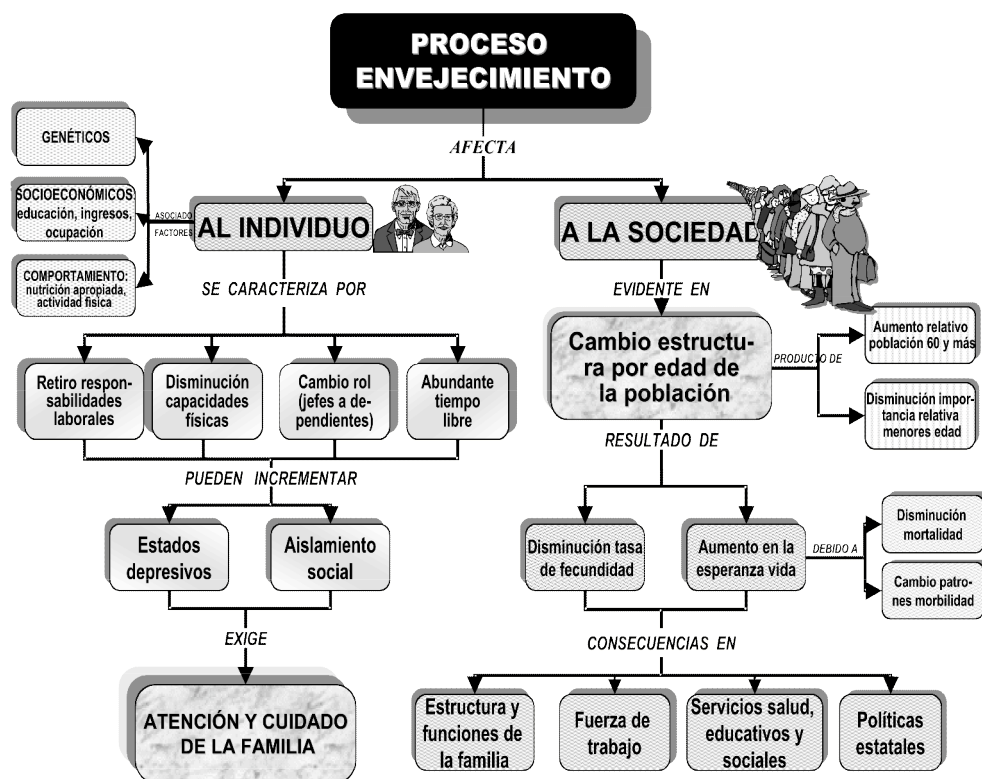
- Anzola Pérez, Elías. *La atención de los ancianos: un desafío para los años noventa*. Editado por Elías Anzola et al. Washington, D.C.: OPS 1984.
- De Vos Susan y Holden Karen. Measures Comparing Living Arrangements of the Eldery: an Assessment. *Population and Development Review*. Volúmen 14, N° 4. Diciembre de 1988.
- Jiang, Lin. Changing kinship structure and its implications for old-age support in urban and rural China. *Population Studies*, Volúmen 49, 1995.
- Hernández Castellón Raúl. El proceso de la revolución demográfica en Cuba. Centro de Estudios Demográficos, Universidad de La Habana. La Habana, Cuba. 1986.
- Kühlman Berenzon Sharon y Soto Abarca Laura. Diseño y aplicación de una tipología de hogares costarricenses 1988, 1990 y 1992. Tesis de grado Escuela de Estadística. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica. 1994.
- Martin Linda y Preston Samuel. Demography of aging. Committe on Population. Comission on Behavioral and Social Sciences and Education, National Research Council. National Academy Press. Washington, D.C.. 1994.
- Naciones Unidas. Economic and Social Implications of Population Aging. Proceedings of the International Symposium on Population Structure and Development, Tokio 1987. Nueva York, 1987.
- Naciones Unidas. Comisión Económica para América Latina. *Panorama Social de América Latina 1999-2000*. Santiago de Chile, agosto de 2000. (<http://www.eclac.cl>)

Reuben Soto, Sergio. Estructuras familiares de Costa Rica en 1973. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Instituto de Investigaciones Sociales. 1986. Avances de Investigación N° 57.

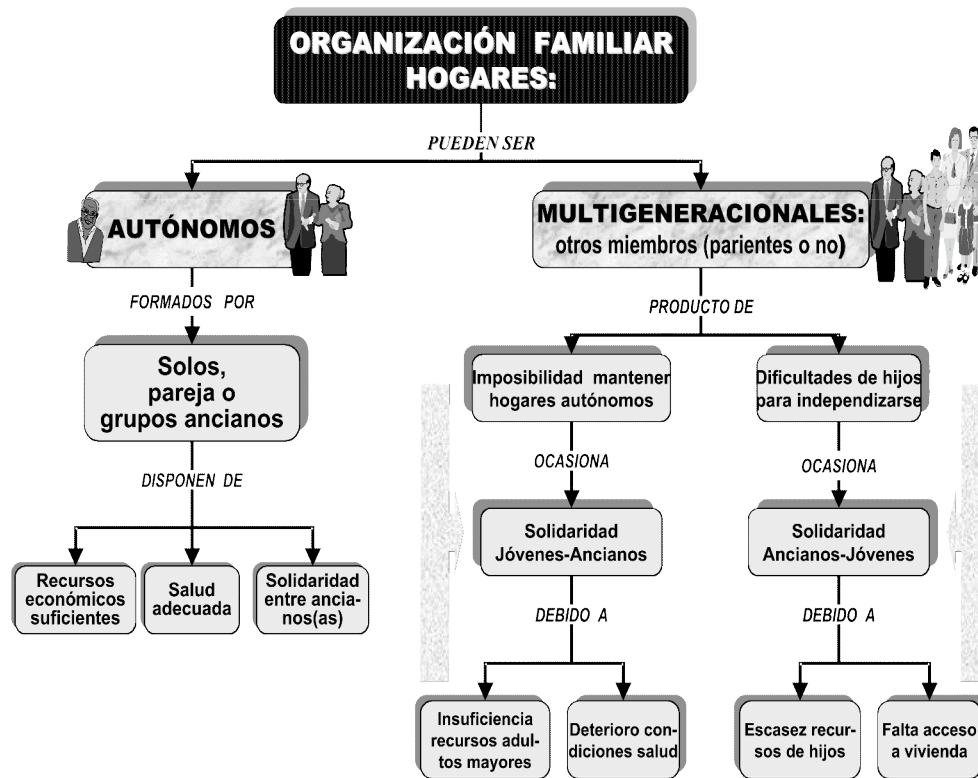
UNFPA. Fondo de Población de las Naciones Unidas. Estado de la población mundial 1998. Las nuevas generaciones. Nueva York, setiembre 1998.

Wolf, Douglas. The Eldery and their Kin: Patterns of Availability and Access. En: *Demography of Aging*. National Academy Press. Washington, D.C. 1994.

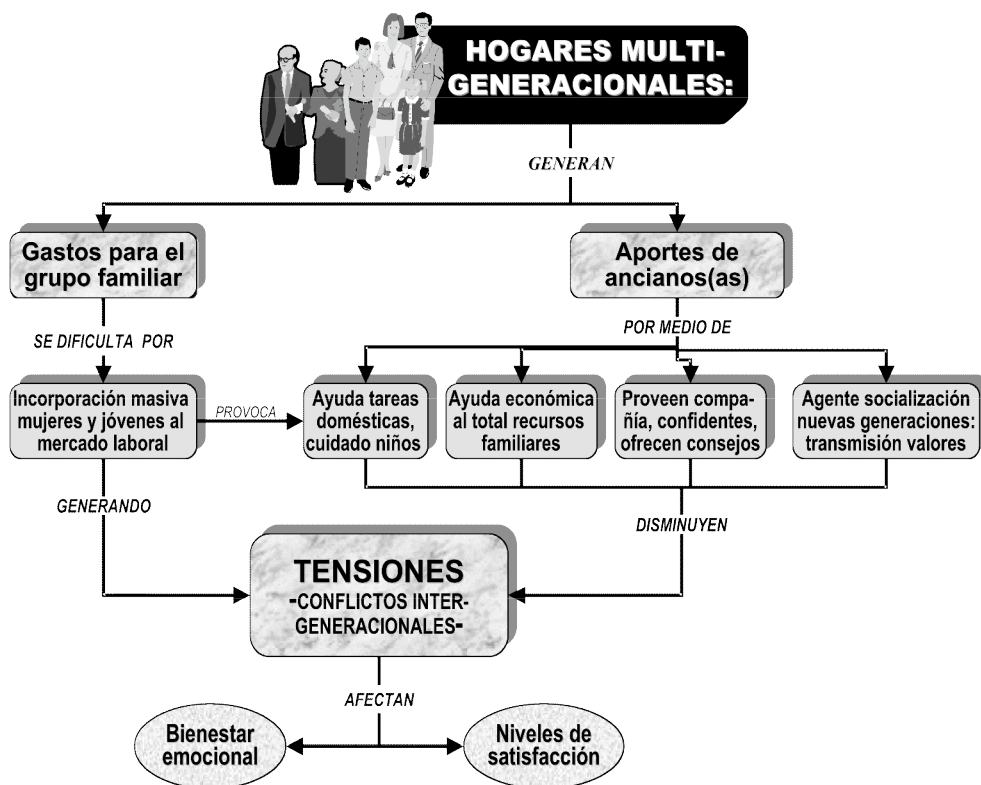
Recuadro 1. Mapa conceptual de la incidencia del proceso de envejecimiento



Recuadro 2. Mapa conceptual de la organización familiar de las personas adultas mayores



Recuadro 3. Mapa conceptual de flujos en hogares multigeneracionales con presencia de personas adultas mayores



Cuadro 1. Costa Rica. Población de 60 años y más según grupo de edad y sexo. 1973 y 1984.

Grupo edad	1973	1984	2000
TOTAL	104 118	158 144	301 474
% población total	5.6	6.5	7.9
<i>60-79 AÑOS</i>			
Hombres	46 142	67 140	123 539
Mujeres	46 177	70 252	132 201
<i>80 AÑOS Y MÁS</i>			
Hombres	5 681	9 587	20 294
Mujeres	6 118	11 165	25 434

Fuente: Censos de Población 1973 y 1984. Instituto Nacional de Estadística y Censos.

Cuadro 2. Indicadores de la evolución de la población adulta mayor. 1970-2100

Año	Población 60 años y más			Tasa anual de crecimiento		Razones	
	Absoluto	% del total	% con 80 y +	Ancianos	Total	15-49 / 60+	0-14 / 60+
1970	99 800	5.7	11.0			7.6	8.1
1980	144 330	6.3	11.8	4.46	3.09	8.0	6.1
1990	210 108	6.9	13.7	4.56	3.25	7.4	5.3
2000	297 281	7.6	14.4	4.15	2.87	7.1	4.2
2010	438 324	9.3	15.1	4.74	1.95	6.0	2.7
2020	714 064	13.4	13.9	6.29	1.33	4.0	1.6
2030	1 068 198	18.5	14.7	4.96	0.88	2.7	1.1
2040	1 370 922	22.4	20.1	2.83	0.57	2.0	0.8
2050	1 725 059	27.4	23.4	2.58	0.32	1.5	0.6
2060	1 957 577	30.6	25.3	1.35	0.13	1.3	0.6
2070	2 034 896	31.9	31.7	0.39	-0.01	1.3	0.5
2080	2 025 621	32.0	35.2	-0.05	-0.10	1.2	0.5
2090	1 998 738	32.0	35.7	-0.13	-0.12	1.2	0.5
2100	1 989 571	32.1	36.1	-0.05	-0.08	1.2	0.5

Cuadro 3. Distribución de hogares según cantidad de personas de edad residentes. 1973, 1984 y 2000.

	1973	1984	2000
Hogares	330 857	513 487	960 098
Con ancianos	23.8	22.9	23.7
Hogares con personas de edad	78 763	117 416	227 690
Uno	72.2	69.4	67.3
Dos	25.7	28.4	30.6
Tres o más	2.1	2.2	2.1
Con solo personas de edad	10 717	21 720	55 879
% del total hogares	3.2	4.2	5.8
% de hogares con personas de edad	15.4	20.8	28.3

Cuadro 4. Costa Rica. Distribución de los hogares con personas de edad según grupo de edad y personas de edad conviviendo juntas. 2000.

Grupo edad y personas de edad en el hogar	Hogares con personas de edad		% Del total hogares
	Absoluto *	Relativo	
Total	227 690	100.0	23.7
1	153 246	67.3	16.0
2	69 586	30.6	7.2
3 ó más	4 858	2.1	0.5
Entre 60 y 79 años	201 970	100.0	21.0
1	143 870	71.2	15.0
2	55 949	27.7	5.8
3 ó más	2 151	1.1	0.2
De 80 años y más	41 310	100.0	4.3
1	37 360	90.4	3.9
2	3 761	9.1	0.4
3 ó más	189	0.5	0.0

* No corresponde a la suma de los casos de los dos grupos de edad por el hecho de que algunos hogares contienen miembros de ambos grupos de edad

Cuadro 5. Relación de parentesco de las personas de edad con el jefe del hogar. 1973, 1984 y 2000.

Relación parentesco	1973	1984	2000
Personas de edad	104 118	158 144	301 474
Jefe(a)	55.3	56.0	59.1
Cónyuge	17.0	19.4	21.1
Hijo(a)	0.4	0.4	0.6
Padres/suegros	*	14.4	11.8
Familiares	22.7	6.5	4.7
No familiares	4.5	3.3	2.6

* En 1973 no se separó esta categoría de familiares

Cuadro 6. Tasas de jefatura de las personas de edad por grupo quinquenal de edad y sexo. 1973, 1984 y 2000

Grupo de edad	Hombres			Mujeres		
	1973	1984	2000	1973	1984	2000
60-64	86.3	88.8	87.6	28.5	30.0	33.3
65-69	84.7	86.4	86.6	29.9	31.5	37.3
70-74	78.5	81.6	85.2	33.4	34.3	40.6
75-79	72.6	76.6	80.9	34.3	34.2	41.3
80-84	65.2	66.7	73.4	33.3	32.7	41.3
85-89	57.6	56.5	64.0	30.0	26.4	34.5
90 y más	47.8	45.6	50.2	25.5	21.5	26.3
total	80.3	81.9	83.1	30.6	31.6	37.2

Cuadro 7. Posición jerárquica ventajosa de las personas de edad por grupo quinquenal de edad y sexo. 1973, 1984 Y 2000. (Persona de edad es jefe del hogar o su cónyuge)

Grupo de edad	Hombres			Mujeres		
	1973	1984	2000	1973	1984	2000
60-64	86.8	89.8	90.0	73.9	79.9	85.4
65-69	85.2	87.4	88.8	68.0	74.0	82.6
70-74	79.2	82.9	87.3	60.3	67.4	77.8
75-79	73.1	77.8	83.0	52.7	58.0	69.2
80-84	66.0	67.9	75.3	44.5	47.8	58.7
85-89	58.4	57.9	66.0	36.9	35.2	44.8
90 y más	48.6	47.0	52.1	27.9	30.3	31.2
total	80.8	83.0	85.3	63.8	68.2	75.4

Cuadro 8. Personas de edad conviviendo sin pareja por grupo quinquenal de edad y sexo. 1973, 1984 y 2000

Grupo de edad	Hombres			Mujeres		
	1973	1984	2000	1973	1984	2000
60-64	20.6	19.3	21.3	45.4	43.7	42.3
65-69	22.2	22.7	24.0	52.1	50.6	49.3
70-74	29.1	26.5	28.1	62.8	59.6	57.3
75-79	34.6	32.6	32.4	71.1	68.9	66.6
80-84	44.2	42.4	40.9	78.0	77.9	77.2
85-89	50.9	47.6	47.5	82.0	84.6	84.1
90 y más	59.8	58.8	60.6	85.9	83.9	90.3
total	27.0	26.5	28.2	56.9	56.5	56.2

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos y Centro Centroamericano de Población.

Cuadro 9. Costa Rica. Distribución de personas de edad según tipo de arreglo familiar y sexo. 1973, 1984 y 2000

	1973	1984	2000
Personas de edad	103 285	158 144	301 474
Autónomos	15.4	20.8	27.8
Unipersonales	5.9	7.4	10.1
Pareja	9.0	11.9	16.8
Otros arreglos	0.5	1.5	0.8
Multigeneracionales:	84.6	79.2	72.2
Minoría	61.5	54.3	41.5
Igual	13.5	14.0	17.1
Mayoría	9.6	10.9	13.6

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos. Censos de Población. Centro Centroamericano de Población.

Cuadro 10. Distribución de las personas de edad según tipología de convivencia. 1973, 1984 y 2000.

Tipología	1973	1984	2000
Nº personas de edad	103.283	158.144	301.474
1.- unipersonal	5,8	7,4	10,1
Pareja	51,4	53,3	53,9
2. Sola	9,0	11,9	16,8
3. Nuclear	17,0	15,0	15,5
4. Extendido	25,5	26,4	21,6
Unipersonal	15,0	14,7	16,1
5. Nuclear	3,8	4,0	4,9
6. Extendido	11,1	10,8	11,2
Otros	27,7	24,6	19,9
7. Padres o suegros	*	14,4	11,8
8. Familiares	23,2	6,9	5,4
9. No familiares	4,5	3,0	2,4
10. Servidores domésticos		0,3	0,2

*esta categoría no se separó de familiares en el censo de 1973

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos y Centro Centroamericano de Población.

Cuadro 11. Distribución de las personas de edad por tipología de convivencia según sexo y grupo de edad. 2000

Tipología	Hombres		Mujeres	
	60-79	80 y más	60-79	80 y más
Nº personas de edad	123 539	20 294	132 207	25 434
Total	100.0	100.0	100.0	100.0
1. Unipersonal	9.9	10.3	9.9	12.5
Pareja	71.5	47.3	46.1	14.3
2. Sola	19.8	18.4	15.8	6.6
3. Nuclear	22.1	10.9	12.5	2.6
4. Extendido	29.6	18.0	17.8	5.1
Unipersonal	6.6	11.2	24.4	22.7
5. Nuclear	1.9	3.7	7.5	6.5
6. Extendido	4.7	7.6	16.9	16.2
Otros	12.0	31.3	19.6	50.5
7. Padres o suegros	4.8	20.0	12.6	35.9
8. Familiares	4.9	5.5	5.2	9.1
9. No familiares	2.3	5.7	1.4	5.4
10. Servidores domésticos	0.0	0.0	0.3	0.1

Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos y Centro Centroamericano de Población (<http://censos.ccp.ucr.ac.cr>)

Cuadro 12. Distribución de las personas de edad según tipología de convivencia por sexo y grupo de edad. 2000

Tipología	60 – 79		80 y más		Total
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	
Nº personas de edad	123 539	132 207	20 294	25 434	301 474
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Autónomos	32.8	29.6	34.1	29.0	31.1
Nuclear	24.1	20.0	14.0	7.9	20.2
Extendido	32.8	32.8	23.5	18.5	31.0
Dependientes	10.3	17.6	28.4	44.7	17.6

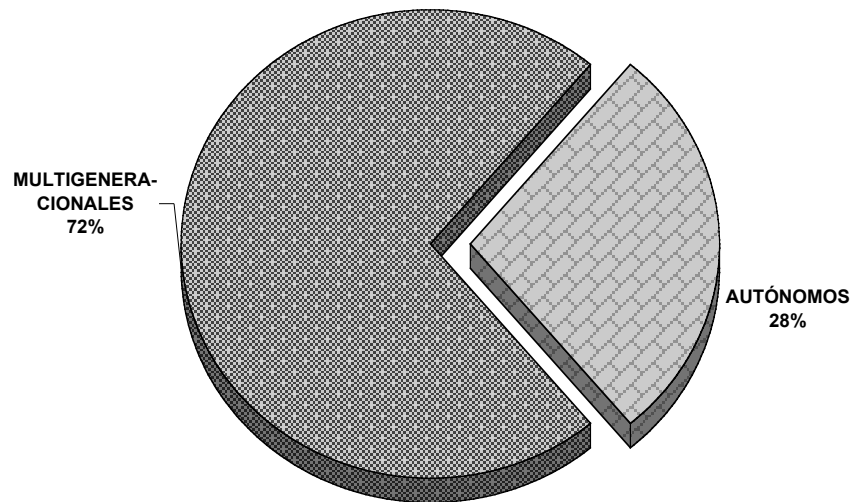
Fuente: Instituto Nacional de Estadística y Censos y Centro Centroamericano de Población

Gráfico 1.



Gráfico 2.

COSTA RICA. DISTRIBUCIÓN DE LAS PERSONAS DE EDAD SEGÚN TIPO DE ARREGLO FAMILIAR. 2000.



FUENTE: Instituto Nacional de Estadística y Censos y Centro Centroamericano de Población.

Gráfico 3.

TIPOLOGÍAS DE CONVIVENCIA DE LAS PERSONAS DE EDAD. 2002.

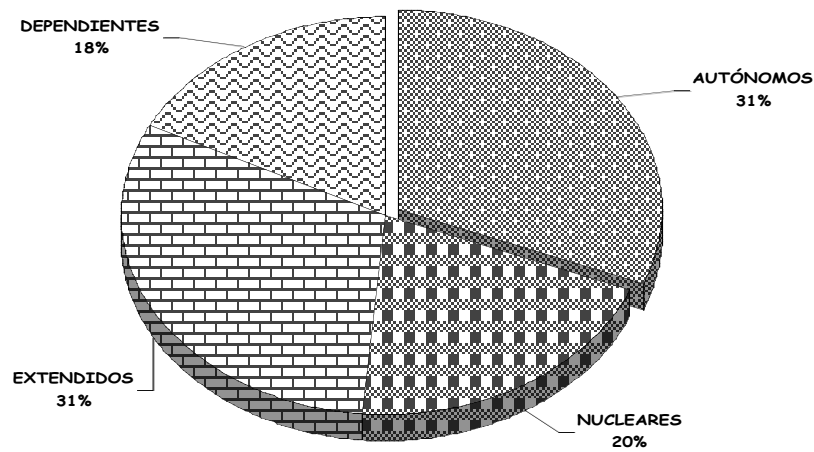


Gráfico 8. Distribución de la edad de las personas adultas mayores según tipología de convivencia y sexo. 2000

